

La naturaleza del mal

Francisco J. García Lozano

cine

Tristeza, dolor, desesperanza. Conceptos que resumen el particular vía crucis que nos propone el siempre controvertido Lars von Trier (Copenhague, 1956) en su última película. Cada proyecto ha significado para el director danés un desafío para su concepción filosófica y estética del cine, su última propuesta, Anticristo, continúa en esa misma línea. Tachada de «provocación barata» y como «grotesca y visceralmente autoindulgente», ante una propuesta tan radical como Anticristo el término medio queda excluido.

Como señala Hilario J. Rodríguez en su magnífico libro sobre el cineasta, «se puede amar u odiar a Lars von Trier, en ningún caso puede ignorarsele»¹. Una particular visión sobre la naturaleza del mal que invita al espectador a mirar la locura, la depresión, la culpa y la penitencia mucho más allá de cualquier límite. Como una prolongación orgánica de él mismo, su particular forma de entender lo inhumano de la humanidad en esta película constituye uno de los trabajos más desafiantes y provocadores de un autor esencial.

El director tiene como premisa a la hora de realizar cualquier trabajo que a una película se la debe sentir co-

¹ RODRÍGUEZ, H. J., *Lars von Trier. El cine sin dogmas*, Madrid, 2003.

mo se siente a una piedra en un zapato, no es fácil de catalogar. En 1995, von Trier fue uno de los impulsores del movimiento que se ha venido a llamar Dogma 95, que desafió todas las reglas cinematográficas establecidas, atrayendo así el interés internacional por el cine danés.

Trier ya dio muestras de su gran talento con la producción experimental *Imágenes de una liberación* (1982), realizada en la escuela de cine, sobre los últimos días de la ocupación alemana de Dinamarca. El éxito llegaría con *El elemento del crimen* (1984), sugestiva película que transcurre en una Europa en plena descomposición. Esta película constituye la primera parte de su trilogía europea y fue seguida por *Epidemia* (1987), además del gran proyecto internacional *Europa* (1990). Su consagración, tanto por parte del público como por la crítica, vendría de la mano de su siguiente trilogía, *Corazones de oro*: en primer lugar, el obsesivo melodrama *Rompiendo las olas* (1996), centrado en el sexo y la religión, ganadora del Gran Premio del Jurado en el Festival de Cannes. Luego llegaría su peculiar película *Dogma*, *Los Idiotas* (1998), un filme que desafía gran parte de las convenciones cinematográficas al describir a un grupo de jóvenes que aparentan ser retrasados mentales y, finalmente, el musical moderno *Bailar en la oscuridad* (2000), que tiene a la cantante Björk en el papel principal

y fue merecedora de la Palma de Oro a la mejor película en el Festival de Cannes de ese mismo año. Un último desafío plástico, caracterizado por la desnudez estética, está desarrollando en su última trilogía *America*, de las que han visto la luz sus dos primeras partes, *Dogville* (2003) y *Manderlay* (2005), a la espera del film que cerraría la trilogía, *Washington*, cuyo rodaje está anunciado para este año.

La innata capacidad del ser humano para destruir y destruirse ha marcado toda la obra del cineasta danés. En ésta su última realización, Trier parte de una premisa ya de por sí límite como es la muerte accidental del hijo de una pareja, donde la madre (Charlotte Gainsbourg) entra en una gran depresión y su marido (Willem Dafoe), psicólogo de profesión, decide «rescatarla» de su estado mediante una «exposición» a sus mayores y más profundos miedos. Para este fin la pareja se retira a una cabaña en un bosque llamado Edén, paisaje mental y físico, un lugar aparentemente idílico donde la mujer trabajó un año atrás en una tesis sobre el *ginocidio* (el asesinato de brujas) y la naturaleza maligna del eterno femenino; bosque que termina por convertirse en un personaje más, creando un ambiente claustrofóbico y opresor pocas veces conseguido.

La premisa de la que parte Trier no es original, ya que la representa-

ción del duelo tras la pérdida de un ser querido ha dado lugar a muchas ficciones. Véase si no las similitudes entre las propuestas de Trier y la ganadora de la Palma de Oro de Cannes de 2001, *La habitación del hijo*, de Nanni Moretti, en las que se hace una apología similar del dolor y se da una angustiada búsqueda del lugar edénico como tortuoso camino de retorno a sí mismo que se ha de recorrer para recobrar la unidad. En este sentido, la trama es sencilla, pero la ambigüedad y el simbolismo que maneja Trier nos llevan a una lectura más sensitiva que lógica, donde el mensaje simbólico toma un papel equivalente a las metáforas literarias.

Trier nos presenta su obra en un prólogo, cuatro episodios y un epílogo, siendo el prólogo y el epílogo sus elementos más impecables desde un punto de vista formal. Blanco y negro en HD con movimiento relentizado, un aria de Häendel de fondo y unas imágenes de una belleza impecable marcan el comienzo de una tragedia y de una violencia e intensidad en imparable *crescendo*.

Tristeza, dolor, desesperanza conceptos que marcan los tres estados sucesivos en un proceso de duelo por la pérdida y que quedan representados mediante una serie de elementos tales como figuras (los tres mendigos), animales (el ciervo, el zorro y el cuervo)..., pero que

también cobran protagonismo directo en la trama central de la película, una dimensión abstracta, pero real, a la hora de configurar las motivaciones de los personajes. Él

en ésta su última realización, Trier parte de una premisa ya de por sí límite como es la muerte accidental del hijo de una pareja, donde la madre entra en una gran depresión y su marido, psicólogo de profesión, decide «rescatarla» de su estado mediante una «exposición» a sus mayores y más profundos miedos; la trama es sencilla, pero la ambigüedad y el simbolismo nos llevan a una lectura más sensitiva que lógica, donde el mensaje simbólico toma un papel equivalente a las metáforas literarias

se encuentra con su propia trampa, la dialéctica y el discurso racional no sirven cuando domina la emoción, ella imbuida de culpabilidad sólo encuentra un punto de escape en una sexualidad desaforada. En

ese momento de confrontación, el film da paso a otra dimensión perceptiva, que es anunciada por uno de los animales, el «reino del caos», a partir de ahí el se verá obligado a abandonar el discurso racional de las palabras y abrazar una inocencia primitiva que sobrepone los instintos frente a la cordura y el discurso lógico.

Trier siempre se ha mostrado como un sumamente acertado director de actrices y son, de hecho, los personajes femeninos los que han brillado con mayor luz en la filmografía del danés. Son ellas las que más han sufrido, casi siempre por culpa o a causa de los hombres. En *Rompiendo las olas* (1996), Emily Watson sufría brutales agresiones sexuales para salvar la vida del hombre que ama; en *Bailando en la oscuridad* (2000), Björk se condena a sí misma a la pena capital para asegurar el futuro de su hijo, y en *Dogville*, Kidman interpreta a una rica heredera que va a parar al lugar equivocado huyendo de su padre y termina siendo víctima de una violación masiva. En este caso su trabajo con la actriz es realmente sublime (Premio a la Mejor Interpretación Femenina de Festival de Cannes, el único galardón que obtuvo el film). Gainsbourg encarna a la perfección la manifestación somática de los tres estados señalados, desde la fragilidad de la tristeza, la angustia del dolor, hasta la más desafortada violencia

desatada por la desesperación de una sexualidad desbordante.

Desde su voluntad transgresora y su fascinación por el exceso y la innovación formal, *Anticristo* quiere postularse como un paso más dentro de las propias obsesiones autorales del director (una desgarradora exploración introspectiva de la realidad, los problemas de la comunicación humana, la irreductible condición del existente...), consiguiendo en este caso una cinta tan grotescamente estética que la convierte en una película no apta para todos los gustos, milimétricamente enfocada a la provocación, pero en ningún caso vacía o gratuita. Quizás por ello *Anticristo*, más allá de la hiperrealidad onírica de sus imágenes, sea la película dentro de la filmografía del danés que más descarnadamente nos muestre la esencia dolorosa y frágil de lo humano.

Ficha técnica:

T.O.: «Antichrist».

Director: Lars von Trier.

Nacionalidad: Dinamarca-Francia-Italia-Alemania-Suecia-Polonia.

Duración: 104 minutos.

Fotografía: Anthony Dod Mantle.

Intérpretes: Willem Dafoe (él), Charlotte Gainsbourg (ella).

Web oficial:

www.anticristthemovie.com